

LA AMENAZA DE LA PSICOLOGIA

POR

RAFAEL GAMBRA.

Me han explicado muchas veces la alta conveniencia de que todos los Centros de Enseñanza posean un laboratorio de Psicología, donde, mediante complicados «tests», se logre un riguroso control del nivel intelectual de cada alumno. Las nuevas Leyes Generales de Educación «Made in UNESCO» consagran tal exigencia mediante los sistemas de «evaluación continuada» de los escolares.

La verdad es que, aunque pertenezco yo al gremio, nunca he llegado a comprender esta conveniencia. Toda la vida he experimentado una íntima repugnancia a dejarme medir la inteligencia, y supongo que a todos los demás les sucederá lo mismo. Determinar niveles mentales o contar el dinero de la gente son cosas que siempre me parecieron «meterse demasiado», y el que se trate de niños indefensos no creo que disminuya el delito, sino que más bien lo agrava.

Pero si prescindo de estos motivos de sensibilidad o de pudor y me atengo sólo a razones objetivas y pedagógicas, encuentro que éstas confirman ampliamente lo que me dictó el instinto.

Hay una primera razón teórica: eso que llamamos inteligencia es cosa muy complicada que engloba factores muy variados. Quienes se muestran sagaces en determinados órdenes del saber resultan a menudo perfectas nulidades en otros; además, cada inteligencia individual posee un ritmo de maduración que es propio y no uniforme ni previsible. Lo que miden los psicólogos es un complejo de penetración, memoria, fijeza y rapidez mental, del que resulta aventurado extraer consecuencias. Los mismos psicólogos discuten eternamente sobre qué es ese factor específico que ellos dicen medir. Tengo para mí como muy probable que Aristóteles, en su infancia, hubiera arrojado un nivel poco destacado.

Hay una segunda razón práctica: no pasará de un diez por ciento el número de Centros de Enseñanza que cuenten en su profesorado con un licenciado que lo sea precisamente en Filosofía, que son los únicos que hasta ahora han estudiado Psicología. Y de estos licenciados no pasan tampoco de un diez por ciento el número de los que se hayan dedicado como especialidad a psicología experimental y psicometría. En rigor, no conozco a más de tres o cuatro en el gremio que estén verdaderamente capacitados para dirigir un laboratorio psicométrico, y no sé si éstos se encuentran en Centros de Enseñanza. Es decir, que en la casi totalidad de los institutos y colegios, si ese control se intentase, se haría mal, con lo que, a todos sus probables inconvenientes, se añadiría el de su imperfección o irrealidad.

Hay una tercera razón pedagógica: ¿Hasta qué punto es conveniente informar a un alumno —o a sus padres— de que su inteligencia es superior o inferior a la media? Si lo primero, el efecto será probablemente escaso, ya que cada uno posee previamente un alto concepto de sus luces o de las de su hijo, aunque también puede ser que incremente el contingente de voluntarios para esas «minorías rectoras» que padecemos. Si lo segundo, es decir, si es inferior al nivel medio, los efectos serán mucho más graves. El que un maestro diga a su alumno que es tonto mientras le propina un coscorrón, no suele tener mayores consecuencias: el alumno deduce que el maestro está de mal humor o que él debe aplicarse un poco más, y ahí termina el conflicto. Pero si a ese mismo alumno le dice un especialista, tras detenidos experimentos y con todo el peso de la Ciencia, que es tonto o inferior al nivel medio, ello puede crearle un complejo de inferioridad y de resentimiento cósmico que no se le sacuda en toda la vida.

Hay, en fin, una cuarta razón de tipo social. A los partidarios del control escolar psicométrico y de la orientación profesional se les puede argüir con este caso, muy real, por lo demás: Si a un hombre modesto —un agricultor, un comerciante o un artesano— se le dice que su hijo —el que le ayuda y al que dejará el oficio o el negocio— posee una inteligencia destacada, y que debe dedicarse al estudio, verá frustrado su trabajo o sus esperanzas, y podrá replicar muy legítimamente que esa inteligencia bien podría aplicarla el hijo al

oficio en que se encuentra. A esta objeción suelen contestar los psicometristas y planificadores profesionales exigiendo el sacrificio de «los intereses particulares» en pro de la sociedad, de la nación, del bien común o de otras abstracciones. Generalmente, el argumento tiene mayor fortuna cuando se les acerca dándole una formulación inversa: Si a un profesional u hombre de carrera que vive, como vivía su padre, en un ambiente ciudadano, se le comunica oficialmente que el nivel mental de su hijo y sus condiciones psicofísicas le hacen especialmente indicado para cargador de muelle o para buzo en aguas tropicales, ello le causaría una situación embarazosa, difícil de afrontar.

En rigor, todas estas razones resultan tan obvias que los partidarios de los métodos psicométricos se muestran más cautos en la aplicación del sistema que en la defensa de las teorías.

Sin embargo, y a pesar de todos estos pesares, la psicometría y la orientación profesional en ella basada triunfan en el mundo; todos los países ordenan la legislación de enseñanza para su implantación en los servicios pedagógicos. Diríase que una fuerza misteriosa, ajena a sus virtudes y posibilidades, la hace abrirse paso en las mentes y en los pueblos.

La unidad de lo vital —lo que llaman los alemanes *Einsfühlung*— se realiza de modo eminente en el orden cultural. Sólo los productos culturales que marchan en la dirección de ese orden estructural adquieren una rápida difusión, y, si se acomodan plenamente a los imperativos de esa evolución, conocen el éxito aun a pesar de sus grandes defectos o limitaciones.

Tal es el caso, en nuestros días, de prácticas o sistemas como este de la psicometría pedagógica, que seguramente años antes se hubieran considerado unánimemente, sobre irrealizables y utópicos, inconvenientes. Y es que en nuestra época tales sistemas se adaptan perfectamente al sentido de la evolución, es decir, al estatismo dirigista o tecnocracia totalitaria, que es lo que hoy crece impetuosamente en el suelo histórico. Vivimos la época del socialismo, y cuanto sirva a sus fines prospera, como cuando los contradice parece orillado.

Sólo dos entidades sobreviven a este naufragio: el Estado tecnificado y los individuos, todos iguales, susceptibles de ser puestos en

fila formando cola. Un universo centralizado y uniforme, gobernado por circulares a teletipo, es el esquema de la sociedad socialista. En ella un cerebro electrónico podrá idealmente sustituir al albedrío humano y a la providencia divina.

Parecía, sin embargo, previsible que este proceso planificador se detuviese ante el individuo, y que, por principio, no intentase penetrar en su fuero interno. Al fin y al cabo, la revolución centralista se hizo en nombre del individuo y de su libertad. A él se sacrificaron en su día las antiguas corporaciones que, se suponía, ahogaban su iniciativa.

Pero, bien pensado, ¿por qué tal límite, si se considera a la luz de la razón? (¿Qué hay más irracional que la individualidad, esa extraña concreción de lo real, producto de la herencia y del acaso?) ¿Cómo dejar a su incipiente veleidad decisiones de tanta trascendencia social como la propia dedicación profesional o la procreación y educación de sus hijos? Bastará con identificar la nación o el Estado con la Razón Universal para poder exigir que el individuo se someta, cuerpo y alma, a los superiores intereses de aquellas entidades; es decir, para que la planificación tecnocrática no se detenga como hasta aquí en los límites del individuo y la familia.

Hasta hoy, cada uno elegía su profesión dentro de ciertos límites, o, más bien, se acomodaba a ella desde la infancia, viviéndola en el seno de su familia paterna. Cuando la sociedad es sana, cada hombre recibe, con el ambiente en que se nace, el medio más adecuado para su futura actividad, así como los incentivos, los fines y la moral de la misma. Los hábitos domésticos, las conversaciones que oye, la mentalidad que le rodea, incluso la ejemplaridad y las relaciones mucho más profundas y eficaces que las que pueda proporcionarle toda la posterior enseñanza. Es observación habitual que los buenos comerciantes son hijos de comerciantes, como los buenos militares son de familia de militares. En una familia realmente intelectual todos los hijos lo son irremediamente, incluso los peor dotados, y aun éstos con más facilidad y más clase que los superdotados procedentes de medios iletrados. Buen pastor o buen labrador no se llega nunca a ser si no se procede de los propios ambientes.

Y el trabajo alegre y eficaz, la conformidad y el amor a lo pro-

pio, sólo se dan en una sociedad de fuertes ambientes familiares y locales, hereditariamente vinculados a una profesión o actividad; nunca en una sociedad movible e indiferenciada, en la que todos aspiran a los supremos puestos de la administración.

Pero un tal dinamismo selectivo es cosa inadmisibile para una mentalidad socialista, que se vería precisada a aceptar realidades tan oscuras e irracionales como la herencia, el hábito y, en definitiva, la providencia divina de la que proceden la radicación familiar de cada uno y su ingenio propio. Para el socialismo cada individuo es una unidad teórica —un ciudadano—, cuyo tamaño y condiciones deben poder medirse como los de una pieza a fin de encajarlo en el puesto que la máquina estatal precise.

Y aquí radica precisamente el extraordinario papel que un porvenir socialista reserva a las técnicas psicométricas, y también el secreto de su éxito universal y constante. A un recluta se le puede destinar a Infantería o a Artillería con un fundamento contrastable, que es su talla, expresada en centímetros. Pero destinar a un hombre a una escuela de técnicos superiores o a otra de subalternos resulta más difícil e inobjetivable. Sólo la psicometría puede resolver y hacer que la máquina del futuro discurra suavemente por cauces perfectamente determinados y preformados. Ella será el fundamento de un ya próximo Organismo de Adscripción Profesional, que precederá a otro, tampoco lejano, de Procreación Dirigida.

Todo lo cual acercará a la Humanidad a aquel futuro Estado que hace más de un siglo entrevió proféticamente Tocqueville: «Yo veo una multitud innumerable de hombres semejantes. Cada uno, retirado al margen de las cosas, es como extranjero al destino de los demás ...; vive con sus conciudadanos, está a su lado, pero no los ve; los toca y no los siente en su alma: no existe más que en sí y para sí ... Encima de ellos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga de velar por sus placeres. Es absoluto, detallista, previsor y suave. Gusta de que sus ciudadanos gocen, con tal de que no piensen más que en gozar. Cubre a la sociedad con un tejido de pequeñas reglas complicadas, minuciosas y uniformes, a través de las cuales los espíritus más originales o las almas más vigorosas no podrán elevarse sobre el vulgo. No tiraniza propiamente: encadena, oprime, enerva, reduce

cada pueblo a un rebaño de animales tímidos e industriosos cuyo pastor es el Estado.»

* * *

Pero no radica el mayor peligro para tales resultados en las pretensiones tecnológicas de una ciencia, ni siquiera en el poder constrictivo de las legislaciones. La prudencia humana puede oponerse a las primeras, y la resistencia del ambiente al segundo. La verdadera peligrosidad radica hoy en los nuevos profesionales de la Psicología, futuros ejecutores concretos de tales proyectos, directamente interesados en su «puesta a punto» por motivos profesionales. (Sabido es que acaba de implantarse una nueva carrera, sección de la de Filosofía y Letras, dedicada exclusivamente a la Psicología experimental. No se trata de psiquiatras —rama de la Medicina— cuyo trabajo —muy legítimo y necesario— consiste en curar o aliviar a enfermos mentales y nerviosos, ni de la Psicología como pura ciencia, que se cursaba hasta aquí dentro de los estudios de Filosofía. Se trata de psicólogos «científicos» con proyección técnica para la organización de la mente y del medio.) La profesión es aún joven, no tiene arraigo ni salieron siquiera los primeros licenciados en ella: todavía sería posible atajar el peligro. Cuando lleve detrás unas cuantas promociones que tengan que ganarse la vida con ella, será demasiado tarde.

Parece que los padres españoles no se han dado clara cuenta de la diferencia que existe entre que sus hijos sean *examinados* de sus conocimientos de una asignatura y que sean *evaluados* (como exige la actual Ley de Educación) de un modo total como seres humanos.

¿Evaluar a un ser humano? ¿Quién tiene derecho a intentarlo, mas que Dios creador? La psicoterapia o el psicoanálisis están muy bien —siempre que sean aceptados voluntariamente— para la curación de anomalías. Pero como trámite obligatorio y aplicado a todos los ciudadanos es la más escandalosa violación del más sagrado de los derechos: *el fuero interno*.

Es evidente a quien reflexione sobre el tema que la libertad y la igualdad son condiciones políticas incompatibles y contradictorias: a mayor igualdad, menor libertad. Bien lo saben y lo utilizan los mo-

ernos Estados tecnocráticos que hablan retóricamente de libertad mientras la suprimen poco a poco utilizando la eficacísima palanca de la igualdad. En España, por ejemplo, la celebrada «igualdad de oportunidades» va a servir, en primer término, para que los padres se dejen arrebatar sin resistencia el derecho a la educación de sus hijos; y, en segundo, para que permitan a los psicólogos estatales la manipulación a sus anchas de las mentes infantiles.

Esto constituye una invasión de la intimidad personal que jamás se habría permitido la más tiránica legislación. Hasta hace muy poco, incluso al criminal convicto se le reconocía el derecho a recusar la exploración violenta de su yo. Y ahora los españoles en bloque son privados de él mediante una ley de segundo grado para la reforma de la enseñanza. Se necesita un mandamiento judicial para registrar el domicilio de un ciudadano, pero no sólo se autoriza, sino que se impone con carácter general el registro de las mentes. Porque los *tests* psicotécnicos, esotéricos, incomprensibles por principio para el que los cubre, son garruchas destinadas a violar —desdeñando los legítimos límites señalados por la razón y la voluntad de la víctima— el terreno privado de la conciencia. (¡Lejanos tiempos de la Inquisición, que se limitaba a juzgar las doctrinas profesadas públicamente!)

En un futuro muy próximo —ya legislado y provisto de sus promotores inexorables— esos *tests* y «evaluaciones» que hasta hoy no son más que un folklore más o menos irritante en los colegios, se convertirán en el veredicto del destino personal: un implacable y (oficialmente) infalible computador electrónico recibirá el dato y lo conservará para siempre, como es su costumbre. Cada vez que a lo largo de la vida el niño, luego joven, luego hombre maduro, necesite un certificado o un informe, los mismos números deformes y fatídicos serán vomitados invariablemente por la máquina.

Y suponiendo que exista un error (no ya el colosal error de base, sino un error técnico) en el resultado de uno de esos *tests*, ¿cómo detectarlo e impugnarlo, siendo conceptos y cifras supuestamente científicos y ajenos al saber común?